

REVISTA DE LA POLICIA NACIONAL

ORGANO OFICIAL DE LA POLICIA

AÑO I

Bogotá, 15 de mayo de 1912

Número 3.*

FIESTA CLASICA

En la noche del 23 de marzo pasado tuvo lugar en el salón de estudio de la Policía Nacional una solemnísimas fiesta. El señor Ministro de Gobierno, doctor Pedro M. Carreño, a nombre del Poder Ejecutivo entregó una bellísima y artística medalla de oro al Coronel Manuel A. Maldonado, como justo y merecido premio a los servicios prestados por éste a la Policía Nacional durante veintidós años consecutivos.

El señor Maldonado ingresó al Cuerpo apenas fundado éste, en el año de 1892, como simple Agente de tercera clase y sucesivamente fue ascendido hasta llegar al puesto de Subdirector, del cual se ha separado voluntariamente para encaminarse al Viejo Mundo, donde piensa perfeccionarse en el estudio de la ciencia policiva, conforme a los modernos adelantos alcanzados por ésta en los países europeos. Damos a conocer en estas páginas los discursos pronunciados en aquel acto por el Director General, el señor Maldonado y otros. Las revistas y conceptos que los periódicos de la capital publicaron con relación a la mencionada fiesta, se insertarán en el próximo número.

EL DIRECTOR GENERAL

y los empleados superiores, Jefes y Oficiales de la Policía Nacional

saludan atentamente a usted y tienen el placer de invitarlo al acto que en honor del señor don Manuel A. Maldonado, Subdirector del Cuerpo, se verificará en el salón de estudio de la Policía (edificio de la Central),

el 23 del presente mes, a las ocho de la noche, conforme al adjunto

PROGRAMA

- I—*Himno Nacional* (Orquesta).
- II—Obertura (Orquesta)
- III—Discurso del Director General.
- IV—*Viuda Alegre*, vals.
- V—Discurso del señor Luis F. Restrepo A., en nombre de los empleados superiores, Jefes y Oficiales
- VI—*Intermezzo de Calvo* (Orquesta)
- VII—Entrega de una medalla de honor por el señor Ministro de Gobierno.
- VIII—*Himno a la Patria* cantado por los Agentes de la Escuela de Preparación
- IX—Entrega de una tarjeta de oro por el señor Milcíades Cortés, en nombre de varios empleados
- X—*Conde de Luxemburgo* (vals por la Orquesta).
- XI—*Himno Nacional* cantado por los Agentes de la Escuela de Preparación y acompañado por la Orquesta.

Bogotá, 23 de marzo de 1912

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL DIRECTOR GENERAL, DOCTOR
GABRIEL GONZÁLEZ

En nombre de la Policía Nacional y en el mío propio, cumpla el grato deber de expresar en este solemne acto los sentimientos de admiración y de cariño, de complacencia y de pesar al mismo tiempo, que nos animan hacia el Subdirector del Cuerpo, señor Manuel A. Maldonado, con motivo de su separación y de la premiación de sus servicios.

Dentro de cortos días, él, que ha pasado aquí la mitad y los más preciosos años de su vida, como en una segunda familia, se despedirá de nosotros definitivamente, dejándonos el vacío de su leal amistad, de su interés solícito por el progreso de la institución que ha honrado con sus largos e importantes servicios; de su irreemplazable experiencia, laboriosidad y conocimien-

tos prácticos, que dan prestigio a su nombre y ascendiente a su persona entre los miembros de esta respetable comunidad.

Llevará grabada en su conciencia la satisfacción del deber cumplido, que para las almas bien templadas y para los corazones generosos es el premio más estu-pendo que apetecerse pueda.

Lo acompañará también la gratitud de todos aque-llos a quienes, dentro de los límites del Reglamento y de sus atribuciones, ha servido de consejero y amigo, y de patrono de sus derechos y merecimientos en la Poli-cía, ya para alentarlos en el servicio, ya para hacerlos ascender en jerarquía policial, ora para defenderlos contra acusaciones injustas o malévolas intrigas.

En él admiramos una de las cualidades que en nuestro país son más raras: la tenacidad y la constan-cia en la profesión elegida, merced a las cuales ha su-bido con paso seguro la escala gradual de los ascensos en el Cuerpo, sin poner otros medios que sus aptitudes naturales, la estricta satisfacción de sus deberes, su conducta sin tacha y el consecuencial aprecio de sus superiores. Mediante esa perseverancia en una profe-sión que exige tan arduos y constantes sacrificios, así de orden moral como físicos, ha hecho una carrera casi completa, que si la modestia de su carácter y la tempe-rancia de sus ambiciones se lo permitieran, haría años habría coronado triunfalmente asumiendo la Dirección del Cuerpo. Digno ejemplo éste de ser imitado no sólo por vosotros, los que servís bajo mis órdenes, sino en general por los colombianos, que quizá por aquella he-rencia de sangre y de raza que necesariamente llevamos con nosotros, al decir de Enrique Rodó, no hemos aca-bado de emprender una obra, de iniciar un esfuerzo, de principiar una carrera, cuando, flojo el resorte de la voluntad, agrandada por la fantasía la visión de los obstáculos, lo abandonamos todo para comenzar algo distinto y marchar así, siempre a medias, en el curso de la vida, sin formarnos una posición definida, sin crearnos una reputación sólida, sin dejar un monumento estable y duradero que signifique provecho para la fa-milia, beneficio para la sociedad o gloria para la Patria.

El señor Maldonado deja, además, otro ejemplo no menos digno de seguirse en esta tierra de paupérrimos, donde son pocas relativamente las fortunas alcanzadas por medio del trabajo constante combinado con el or-

den, la economía y el ahorro. A la sombra del empleo, Maldonado ha hecho un capital de que puede ufanarse levantando la frente, por la legitimidad de su procedencia, que le permite hoy, con gran satisfacción propia y de extraños, retirarse de las fatigas del servicio, independizar su persona, y, en viaje de recreo, encaminar su espíritu hacia más vastos horizontes y abrir su alma a halagadoras perspectivas.

¡ Qué bien pensado y qué bien hecho este empleo del dinero !

Veintidós años hace que el señor Maldonado ingresó a la Policía de Bogotá, siendo uno de los fundadores del Cuerpo, y se consagró desde entonces a la defensa de los intereses inmanentes de la sociedad, por los cuales puso muchas veces en peligro su vida.

A través de las vicisitudes de la política y de las guerras, se mantuvo siempre leal a los Gobiernos, fuerte en las tentaciones, inquebrantable a los halagos, fiel siempre a sus deberes, sin ostentación y sin temores. Ni le faltó energía en los más críticos momentos, ni abusó de su autoridad siquiera cuando tales ejemplos se daban desde arriba. De aquí que sea justamente estimado por la sociedad bogotana y querido por muchos, sin que, por otra parte—como es natural en tan ingrato oficio—le falten malquerientes ni hayan esca-seado los ataques de la prensa.

Es muy justo pues y muy puesto en razón, y muy laudable, y merecido, tanto que el Gobierno Nacional haya reconocido y premiado los méritos y servicios del señor Maldonado, en los términos en que lo ha hecho, con aplauso de la prensa de la capital, como que nosotros, sus compañeros de labores, hayamos promovido el presente acto para colocar su retrato en esta aula de la Policía, donde lo miraremos siempre con respeto y cariño, y donde su presencia nos hará recordar que él fue elemento de orden y disciplina, factor de mejoramiento y progreso de la institución y fuerte columna de la seguridad social.

Nos recordará igualmente los ejemplos de que he hablado para que sirvan de estímulo y derrotero a quienes han empezado la carrera, y en fin, para que no desaparezca enteramente de entre nosotros este hombre humilde, meritorio ciudadano, leal servidor público, asiduo compañero y sincero amigo nuestro.

Este acto dejará recuerdo imperecedero del retiro

del Coronel Maldonado de la Policía Nacional, y él lo llevará también vivo en su pecho, lo mismo que nosotros, a la par con pena y con satisfacción, pues produce hondas y encontradas emociones y renueva profundos sentimientos que sólo el tiempo logrará decrecer.

Coronel Maldonado :

Con la más íntima complacencia os entrego el decreto autógrafo que el Gobierno Nacional ha dictado en vuestro honor, y que constituye alto timbre de orgullo en vuestra vida y la más grata recompensa de vuestros servicios.

Tenedlo como un acto de eminente justicia, que honra tanto al mandatario que lo ejecuta como al ciudadano en quien recae.

Y después, lucid sobre el pecho, la hermosa medalla de oro que dentro de breves instantes os colocará el señor Ministro de Gobierno, como sello palpable de vuestros auténticos títulos de ejemplar servidor público.

Recibid de mí y de vuestros subalternos la más efusiva y cordial despedida, con los fervientes votos por vuestra prosperidad y ventura.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR LUIS F. RESTREPO A., OFICIAL MAYOR

Señor Ministro de Gobierno, señor Director, señores :

Hace pocos días, cuando en este mismo salón tributábamos un homenaje de gratitud al fundador de la Policía Nacional y al ilustrado Director que desde hace un año trabaja incansablemente por el adelanto intelectual y material de la institución, concebimos la idea de colocar aquí también, al lado del retrato de aquellos dos meritorios Jefes, el del señor Maldonado, actual Subdirector del Cuerpo, no sólo como un tributo de cariñoso compañerismo, sino como testimonio de reconocimiento por sus largos y eficaces servicios.

Esperábamos solamente una ocasión oportuna para llevar a cabo nuestro propósito, cuando el señor Maldonado anunció su determinación de retirarse definitivamente de la Policía. Entonces, bajo los auspicios y con la galante cooperación del señor Director General, pro-

movimos este acto un grupo de empleados civiles y los Jefes y Oficiales del Cuerpo. En nombre de aquellos compañeros tengo el honor de hablaros.

Nos hemos reunido aquí esta noche para presentar al amigo y compañero, nuestro sincero y expresivo saludo; para tributarle un público testimonio de aprecio por los importantes servicios que durante largo tiempo ha prestado a la Policía, con laboriosidad, constancia y consagración poco comunes, y para darle sentido y afectuoso adiós.

Permitidme que en esta oportuna ocasión trace a la ligera algunos datos biográficos del señor Maldonado, con la seguridad de que el ejemplo vivo de la vida de un hombre que con honradez y laboriosidad ha logrado formar un capital y ocupar puesto distinguido en la sociedad, servirá de estímulo a todos los miembros de la Policía.

Nació Maldonado en Chocontá el 8 de enero de 1872, y tuvo la fortuna de recibir de sus honrados padres una esmerada educación moral que ha sabido conservar a través de las vicisitudes de la vida.

Desde muy niño, al mismo tiempo que concurría a la escuela, dedicaba los ratos que le dejaban sus estudios a ejercitar su actividad en pequeños negocios para atender a sus propias necesidades y para ayudar a sus padres, que carecían de bienes de fortuna.

Su buena madre—mujer de talento práctico—alentaba y dirigía los esfuerzos del joven Maldonado, y desde muy temprano le enseñaba a economizar pequeñas cantidades, de suerte que a poco tiempo, cuando aquél no había cumplido diez y siete años, ya tenía edificada casa propia en el centro de la población.

No obstante, con el noble empeño de continuar su educación, Maldonado se trasladó a esta capital en diciembre de 1891, cuando contaba diez y nueve años.

Carecía de recursos suficientes para sostenerse por sí solo en un colegio, pero no desmayó en sus propósitos, y tomó varias clases con profesores particulares, dedicando al estudio parte del día y varias horas de la noche; y con los escasos ahorros que había logrado traer de su terruño natal, emprendió de nuevo algunos negocios en reducida escala, para poderse sostener. Desgraciadamente éstos fallaron, y a los pocos meses Maldonado se encontró en situación harto difícil, sin dinero, sin apoyo, sin familia y sin ocupación alguna.

Tampoco entonces dejó abatir el ánimo; y como acababa de organizarse la Policía Nacional, solicitó allí un puesto, y el 19 de mayo de 1892 fue nombrado Agente de tercera clase de la segunda División.

Desde este momento Maldonado se dedicó por entero al cumplimiento estricto de sus nuevos y difíciles deberes, distinguiéndose siempre en el servicio, tanto por su puntualidad como por sus capacidades.

La pereza, esa "voluptuosidad expansiva de los bagabundos," no tuvo nunca dominio en Maldonado, porque él practicaba la bella máxima de Cumberlans: "Vale más gastarse que enmohecerse." Por esto, tan pronto como terminaba su servicio de vigilancia, procuraba aprovechar bien el tiempo, ora estudiando el *Reglamento* y demás disposiciones de policía, ora leyendo buenos libros, ya prestando oficiosa ayuda a sus superiores en las labores de oficina, ya, en fin, haciendo acopio de observaciones y de conocimientos prácticos para adelantar en la carrera y crearse una posición independiente y honorable.

Jamás fue sorprendido en una taberna, y mucho menos embriagado. Tenía bien arraigado el sentimiento del honor y sabía que la embriaguez, esa "demencia del paladar, que hace del licor una religión atroz," es una "divinidad implacable y nauseabunda que aniquila lentamente pero con absoluta seguridad, después de haber sacrificado como víctimas, la vergüenza, el honor, la salud, el corazón y el entendimiento de quien se entrega a su funesto culto."

Estricto en todas sus obligaciones, franco y leal como empleado y como amigo y observando una conducta intachable, natural era que el agente Maldonado llamara bien pronto la atención de sus superiores, y que como un reconocimiento expresivo de esas cualidades, recibiera dos ascensos durante los cuatro meses siguientes a su ingreso en la Policía.

De Agente de primera clase hallábase Maldonado cuando tuvieron lugar en esta capital las tristes escenas tumultuarias del 15 y 16 de enero de 1893; y al frente de un pelotón de Policía, cumpliendo su deber con valor y abnegación, recibió un golpe de piedra que le desarticuló un hombro; pero su conducta mereció justos elogios de la prensa y del Gobierno, el cual la premió con el grado de Comisario de tercera clase el 17 de julio del mismo año.

Ascendido ya a la categoría de Oficial, Maldonado redobló sus esfuerzos en el servicio por seis años más, durante los cuales mereció tres ascensos, hasta ser nombrado Comisario Jefe de División el 18 de julio de 1899.

El 20 de mayo de 1900, cuando tuvo lugar el espantoso incendio que destruyó el edificio de las antiguas Galerías, acudió allí con su División, y durante dos noches y un día, expuso continuamente la vida con verdadero heroísmo por salvar las de sus semejantes y los cuantiosos intereses que aquel edificio encerraba.

Esta conducta, altamente meritoria, fue también elogiada por la prensa, y el Gobierno elevó a Maldonado al puesto de Inspector General el 15 de abril de 1901.

Es de pública notoriedad en la Policía, que desde entonces el señor Maldonado ha desplegado en el desempeño de las variadas funciones de su cargo, actividad y constancia poco comunes, no menos que la energía y tino indispensables en estos Cuerpos de voluntarios.

Hasta tal punto había llegado a conocer todos los detalles del servicio, y tanta confianza inspiraba al Gobierno su lealtad, que ya como Comisario Jefe, ya como Inspector General, lo encargó varias veces de la Dirección, y por último lo honró con el nombramiento de Subdirector el 3 de enero de 1904.

Veinte años hace ya que el señor Maldonado sirve en este Cuerpo, consagrándole los mejores de su vida, sus energías todas y su incansable actividad. El ha vivido intelectual y materialmente en la Policía y para la Policía, y en ella ha pasado los días y las noches con una constancia que admira, haciendo siempre intensa labor, atendiendo a todo y soportando, con ánimo resuelto y abnegado, el cúmulo de amarguras y decepciones que entre nosotros hacen saborear al empleado de Policía la falta de educación cívica en el público y un prejuicio tan injusto como ingrato en contra de esta institución.

Veinte años de servicio no interrumpido durante ocho Administraciones Ejecutivas y veinte cambios de Directores Generales, que varias veces han tenido el carácter de otras tantas reacciones políticas; la consagración absoluta; la abnegación y la lealtad probada; ocho ascensos rigurosos y dos menciones de honor por conducta intachable, indican sin duda que Maldonado

es buen ciudadano y que puede presentarse como un ejemplar elocuente del empleado pundonoroso y digno.

Por eso al anunciar su resolución de retirarse definitivamente de la Policía, obligado por el quebranto de su salud y en busca de reposo, sus compañeros y amigos, que hemos presenciado día por día su labor y su constante empeño en bien de los intereses sociales y del buen nombre de la institución, estimamos cumplir un deber de estricta justicia al solicitar del señor Director General, que de acuerdo con el *Reglamento*, pidiera al Supremo Gobierno la recompensa debida al mérito.

Resultado de esa solicitud, apoyada con nobleza y alto espíritu de justicia por el señor Director, y acogida por el Excelentísimo señor Presidente de la República y su digno Ministro de Gobierno, es ese Decreto en que el primer Magistrado, en nombre de la Patria y con hermosas frases, ha hecho la más alta distinción al señor Maldonado, y esa medalla que desde hoy lucirá en su pecho como timbre de legítimo orgullo.

Señor Maldonado:

Recibid nuestro parabién por la merecida distinción que os ha hecho el Gobierno, y aceptad esta fiesta, sencilla pero sincera, como un desahogo natural de nuestra gratitud y un aplauso a vuestra labor leal y constante. Vos habéis conquistado estos triunfos que con broche de oro cierran el libro de vuestros servicios en la Policía Nacional.

Podéis ir tranquilo y satisfecho, porque después de muchas amarguras y fatigas en aras del deber, lleváis el aplauso elocuente de vuestros superiores, el cariño de vuestros compañeros y la honda y positiva satisfacción de vuestra conciencia.

Mañana, cuando en playas extrañas sintáis oprimido el pecho por la nostalgia santa de la Patria, os consolará el recuerdo de los servicios que durante cuatro lustros le habéis prestado con todas vuestras facultades; y esa medalla de honor será el precioso talismán que conforte vuestro ánimo y redoble vuestras energías.

Podéis tener, además, la seguridad de que vuestro ejemplo no cayó en el erial. Nosotros lo recogeremos, y al calor del cariño procuraremos conservarlo como aliento de una carrera digna de una vida de honor.

DISCURSO

DEL DOCTOR LIBARDO RAMIREZ, SECRETARIO DE LA
DIRECCION GENERAL

Señor Ministro de Gobierno, señor Director General, señor Maldonado, señores:

En mi calidad de miembro de esta respetable comunidad y de amigo y admirador del distinguido Jefe que es objeto del acto que celebramos, quiero unir mi voz al concierto de las que tan elocuentemente acaban de hacer la apología de sus triunfos y merecimientos, para decir también alguna sencilla cosa en su honor.

Bien se comprende que poco será lo que puedo agregar al completo y edificante relato biográfico que de él han hecho en sus felices discursos los distinguidos compañeros que me han precedido, ni sería yo quien viniese a fatigaros con repeticiones que están de sobra.

Basta decir que el señor Maldonado, triunfando del tiempo a través de larga y penosa brega, ha llegado a coronar con fortuna una lucida y meritoria carrera, que recompensa sus esfuerzos y paciente consagración, y es para sus compañeros y sucesores el más vivo ejemplo de lo que pueden la perseverancia y el buen proceder, unidos al respeto y decisión por la causa que se abraza, cuando se sirve en ella y para ella, aun con sacrificio y a despecho de los obstáculos y tropiezos que a menudo erizan el camino.

Todo lo que él ha sido y merece queda patentizado en este acto. No sobra una palabra para exhibir más dignamente la brillante carrera del señor Maldonado y lo merecido del galardón que hoy se le discierne. Cada uno de nosotros tiene grabada en su mente la hoja de servicios de su Jefe y amigo y hecho el propósito interior y firme de imitarlo.

Por eso voy tan solo a presentar esa honrosa carrera bajo otros aspectos de interés público y que enaltecen la institución policial.

Con efecto, ya no podrá negarse que la Policía Nacional es una entidad respetable y seria, llamada a alcanzar la mayor influencia en nuestras instituciones civiles por la importancia de su objeto, la bondad de su obra y la eficacia de sus servicios; que está lejos de ser un pelotón acuartelado, listo para oprimir a los ciudadanos y coartar sus legítimas libertades, ni menos para apoyar las medidas tiránicas de ciertos gobiernos; que está sostenida por la inaplazable necesidad y convenien-



MEDALLA CONDECORATIVA

cia públicas, que hacen de ella el más poderoso y eficaz sostén del orden y la tranquilidad, y que en virtud de su carácter estable y severa organización, ofrece campo y oportunidad para ocupar en su servicio un personal numeroso y diverso de hombres sedientos de trabajo honrado, y para que en su seno se formen buenos ciudadanos y miembros útiles a la patria.

En vista de estos triunfos y distinciones, conquistados por los buenos servidores de ella; con estos ejemplos visibles y elocuentes de lo que es y está llamada a ser la Policía, tendrán que callar sus detractores y enemigos gratuitos, por intransigentes que parezcan, y no podrán menos de volver sobre sus pasos para acatar la institución y proclamarla respetable y digna de todo apoyo.

Así irán cediendo el campo los prejuicios e imputaciones temerarias que han existido contra ella, y el público la acatará más a medida que la sociedad se desarrolle y evolucione, mediante el fomento de la educación cívica de que, por desgracia, hemos carecido hasta hoy.

Los pasos dados y las mejoras realizadas en esta nueva época, gracias a la inteligente iniciativa de sus Directores y al espíritu progresista del Gobierno, bosquejan ya un futuro risueño para la Policía de Colombia y la exhiben digna de alcanzar pronto la importancia y prestigio que ella tiene en los países más cultos del mundo.

Y no hay por qué dudar de ese resultado. Basta que haya en el Gobierno seriedad, tolerancia y justicia, como felizmente sucede hoy, para que la institución policial, como cualquiera otra de su índole, se haga firme, se desarrolle y progrese con el rodar del tiempo.

La ovación que hoy se tributa al señor Maldonado por sus muchos méritos como servidor público ejemplar, y su sensible retirada del Cuerpo en donde tantos recuerdos deja, viene a marcar la primera jornada de veinte años que ha hecho la institución de la Policía en Colombia, jornada lenta y escabrosa, como que ha seguido paso a paso las vicisitudes de nuestra vida política en dicho período, ganando ahora tan solo las cumbres serenas de la venturosa crisis que atravesamos, caracterizada por el respeto a las leyes, la justicia, la honradez y el patriotismo bien entendidos, que son la norma actual de los encargados del Gobierno.

La fiesta que celebramos para condecorar y despedir a nuestro amigo, coincide también felizmente con el

año de oro de la institución, a cuya sombra se formó él, y participa de la gloria que cabe al ovacionado en los recientes progresos realizados en el Instituto, pues merced a su carácter tolerante y benévolo, a su adhesión por sus compañeros de servicio y a su gran conocimiento de las necesidades del Cuerpo de Policía, el señor Maldonado ha venido a ser decisivo y eficaz auxiliar en la realización de las mejoras que nuestro digno Director y el señor Ministro de Gobierno, no menos progresista, vienen llevando a cabo desde hace un año en favor de la institución. Se diría que él aguardaba una ocasión propicia para dar forma a sus propios deseos en pro del adelanto del Cuerpo, y la encontró en la fecunda iniciativa y firme voluntad de su nuevo compañero, el doctor González.

Por tantos importantes servicios como han sido mencionados en esta noche, el Supremo Gobierno, dando una muestra elocuente de justicia y reconocimiento hacia el Jefe constante y adicto, lo ha condecorado con la hermosa medalla en tricolor que acaba de recibir, y por medio del honroso Decreto que conocemos, inscrito su nombre en la lista de los ciudadanos más dignos del aplauso público.

Este rasgo trascendental y edificante constituye un nuevo y sólido cimiento levantado en favor de la institución de Policía, que la hará prosperar, ennobleciéndola y estimulándola, pues todos sus miembros presentes y futuros lo tendrán bien presente para servirla con constancia y lealtad, como a madre cariñosa y solícita, que no abandona al que a ella se acoge y le es cada día más amable y propicia.

El Gobierno, por su parte, ha dado una nueva y elocuente prueba de su protección y gratitud a la Policía, y a fe que es muy merecida, porque ésta ha sido y será siempre su custodia inmediata, su guardia favorita y su aliada inseparable.

Señor Maldonado: acepte usted nuestras efusivas congratulaciones y parabienes por la honrosa cuanto merecida ovación de que ha sido objeto, y a la vez que le damos nuestra afectuosa despedida de la comunidad, donde quisiéramos verlo siempre, le aseguramos que con el recuerdo de su sincera y leal amistad, mantendremos siempre vivo el ejemplo que usted nos deja, y en escala relativa pero segura, trataremos de imitarlo.

He dicho.

DISCURSO

DEL SEÑOR GABRIEL VALENCIA

Señor Ministro de Gobierno, señores :

Os pido un momento de atención. No quiero dejar pasar esta fiesta, por el carácter de excepción que ella tiene, sin exteriorizar algunas de las ideas que me sugiere la vida de mi amigo el Coronel Manuel A. Maldonado.

No sé con precisión si por causas de atavismo, de clima o de medio ambiente, somos los colombianos, casi en la gran mayoría, tipos marcados de la volubilidad. Somos acróbatas que, en el reducido teatro de acción que nos ha tocado en suerte, vamos de un extremo a otro sin parar nunca nuestra atención en punto determinado. Tenemos fantasía de mariposa, imaginación latina, el alma loca de aquel don Alonso Quijano, que un día se estrella malamente contra los molinos de viento y otro día dice con medidas palabras su juicioso discurso sobre las armas.

Somos los trashumantes por excelencia. Tiramos inútilmente aquí y allá una porción de esfuerzos que, si aislados resultan ineficaces, conjuntos, seguramente, formarían una cantidad de dinámica que sería principio de efectos muy trascendentales.

No conocemos el ahinco de la gota que caba la piedra. No conocemos la virtud recia de la constancia, aquel dón, del cual, como la fe, se podría decir que remueve los montes.

Maldonado es tipo palpitante y ejemplar de esta virtud, distintivo precioso inherente a los que, en cualquier campo de la actividad, han llegado a escalar alturas considerables. El, desde Agente de tercera clase, principió una ascensión lenta y constante hacia la posición honrosa en que hoy le vemos. Ha sido un buen cumplidor del deber y un sabio gastador de la propia energía. Dolorosa y regocijadamente, pero siempre con seguridad, fue trepando la pendiente difícil. Luchó con puño fuerte contra los obstáculos que la naturaleza y los hombres suelen poner en torno nuestro. No tuvo vacilaciones. No se dejó deslumbrar por los múltiples paisajes circunstantes que atraen con el poder de lo imprevisto, y en los cuales la imaginación, "la loca de la casa," cree encontrar siempre fuentes de vivas aguas,

que son, muchas veces, laberintos en que nuestras energías se disgregan lastimosamente.

Sea para muchos de nosotros eficaz el buen ejemplo de nuestro amigo. Aprendamos a fijar la atención, a amar el esfuerzo perseverante. Hagámonos camaradas de la paciencia de los antiguos benedictinos.

Cualquiera ruta puede llevar a porvenir brillante, porque en la naturaleza nada hay inútil. Lo que hoy es pequeño y para nada, se tornará mañana grande y generoso, mediante el connato inteligente y firme de la voluntad. El árbol para ser fructuoso necesita la mano activa y paciente de su dueño. De muchos granos de arena pueden surgir otras nuevas pirámides.

Felicito al amigo Maldonado por el tributo con que hoy tan justamente se premia su perseverancia. Deseo para él días de solaz y descanso en su próxima excursión por el Viejo Mundo.

Es seguro que la inteligencia y la constancia de nuestro amigo, unidas a su ya larga práctica, sabrán llegar muy hondo en el mecanismo que hoy constituye la sabia organización de las Policías europeas, para venir luego a aplicarlo a la nuestra, por la cual tengo yo grandes sentimientos de admiración, de respeto y de simpatía.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL CORONEL MANUEL A. MALDONADO

Señor Ministro de Gobierno, señor Director General, señores :

Hondamente conmovido he escuchado las frases de benevolencia que en honra mía habéis pronunciado en la generosa fiesta verificada para despedir a quien no tiene otro título que haber luchado modesta y silenciosamente durante algunos años en el sostenimiento de una de las más importantes instituciones que para bien de la sociedad hayan podido fundarse. Pero los honores de que he sido objeto han sido infinitamente superiores a mis merecimientos, pues siempre he creído que el cumplimiento estricto del deber es una obligación que en sí misma tiene su recompensa, y que quien satisface los deberes que le corresponden no hace otra cosa sino llenar la misión que le tocó llevar a término.

A pesar de la muy honda satisfacción que me pro-

duce la honra que me habéis discernido, es para mí sumamente doloroso que ella vaya mezclada del sentimiento de tristeza que me inspira la separación de los seres con quienes he venido compartiendo las fatigas y los peligros de una lucha larga, trabajosa y reñida, en la cual han sido muchas las amarguras que hemos saboreado, y tal vez muy pocas las satisfacciones obtenidas, pues en muchos casos el cumplimiento de una consigna deja en el espíritu impresiones que bien quisiéramos ahuyentar de la memoria.

Muchas han sido las vicisitudes que ha sufrido el Cuerpo de Policía Nacional; pero hoy veo para él un porvenir de progreso, porque el actual Director ha comprendido, con su clarísimo talento, cuál es el carácter que debe tener la institución encomendada a su cuidado; y por ello trabaja en el sentido de hacer de todos y de cada uno de los miembros que componen este Cuerpo, verdaderos ciudadanos que, sin rendirse a las exageraciones de las banderías, defiendan por igual el derecho de todos, y sean una firme salvaguardia contra cuanto luche por romper la armonía que impera hoy, bajo un régimen de tolerancia, de paz y de justicia.

Convencidos todos los miembros del Cuerpo de Policía Nacional de que su actual Director colma las aspiraciones de la institución, preocupándose de todo cuanto pueda darle lustre y adelanto, sin duda secundarán con entusiasmo esas labores, y cada uno llevará su contingente a la obra, toda vez que ella es una necesidad social de que depende el orden de la colectividad y el sostenimiento de la Constitución y de la ley. Por ello creo firmemente que el señor Director hallará colaboradores firmes para su civilizada labor.

Yo, por mi parte, excito formalmente a todos los miembros de este Cuerpo a que secunden el esfuerzo de su Director, lo cual puede hacerse por medio de la disciplina más absoluta, de la buena voluntad, que toda tarea requiere para su coronamiento, y de la convicción de que el cumplimiento del deber es la mayor de las satisfacciones con que puede alegrarse el corazón de un hombre honrado.

Todas las palabras de agradecimiento serían escasas para manifestar el mío por los honores de que me habéis hecho objeto; y he aceptado esta para mí conmovedora fiesta, no como un tributo que se me debe, sino como una hermosa ocasión que se ha presentado

al Gobierno de la República, al caballeroso, inteligente e ilustrado señor Ministro de Gobierno, al probo e intachable señor Director de la Policía Nacional, y a cada una de las personas que la forman, para manifestar, de manera elocuente, que aprecian el esfuerzo ajeno, y que saben recompensarlo con creces, dando así una generosa prueba de hidalguía, muy provechosa para todos, puesto que constituye un ejemplo que alienta y entusiasma a cuantos luchan con fe, con decisión y fuerza para alcanzar días de bienandanza para la tierra en que nacimos.

No faltará mi frase de sincera gratitud para mis nobles compañeros y amigos que con cariñoso entusiasmo han organizado, secundando los deseos del culto Director, la fiesta solemnísimas en que nos encontramos, y todos y cada uno de ellos pueden estar seguros de que la manifestación en cuyo favor trabajaron, nunca se borrará de mi recuerdo, acompañada del de los generosos camaradas que con el esfuerzo de su voluntad la llevaron a cabo.

El cuadro que a ellos les recordará mañana quién fue su compañero y será siempre su amigo, les dice que sus fatigas tienen un premio; que a medida que se extiende la cultura, la ingratitud desaparece; y que el galardón para el que se fue no es otra cosa que un noble estímulo para todos ellos.

Yo, con infinita satisfacción, llevaré sobre mi pecho la medalla que se me ha discernido y trabajaré por que nunca pierda el brillo que hoy luce, pues bien comprendo que es necesario no deslustrar las preseas adquiridas, porque de otro modo, ellas, lejos de significar un honor, no hacen sino manifestar una equivocación al discernirlas.

Al Gobierno de la República, dignamente representado por su primer Ministro, presento las respetuosas manifestaciones de mi gratitud, por todo cuanto de él he merecido, y el más grande de mis anhelos consiste en que el Cuerpo de Policía Nacional alcance el grado de perfección que requiere para ser guardián del derecho y de la libertad individuales, y defensor abnegado y consciente de los fueros sacratísimos de la República.

He dicho.